

dora, multiplicada por cien cuando las caderas y los pechos perturbadores pertenecían a una religión extraña. Los otros llevan en su cuerpo todo nuestro mal; podemos así excluirlos de nuestros bienes. Cuando se expulsaba a un judío de España, se expulsaba la parte pecadora del español católico. Cuando se expulsa hoy a un subsahariano de nuestra tierra, estamos librándonos de nuestra posibilidad de fracaso, de nuestra pobreza, nuestro miedo a no tener la identidad de los elegidos. Las leyes internacionales y el pragmatismo político no ocultan las contradicciones de una razón objetiva, universal y democrática. Pretendemos imponer una identidad en el espacio público, ocupar la geografía que no debe habitarse. Las motivaciones puramente económicas son la raíz del problema, pero no la justificación, porque en nombre de la economía más dura ninguna conciencia humana puede llegar a legitimar con comodidad la miseria, el abandono y el crimen. Los adornos son, pues, tan peligrosos como las pasiones egoístas, y conviene entender los procedimientos mentales que nos convierten en cómplices de un genocidio.

A partir de una definición del otro perfilada por el odio, algo parecido a *odia a los otros como odias lo peor de ti mismo*, cualquier relación se convierte en un duelo entre el bien y el mal. Cuando el otro queda animalizado, la violencia ejercida sobre él parece una trivialidad o un remedio justo. La actuación del héroe no pone en peligro la dignidad propia, representa la lucha de una verdad justiciera enfrentada a una fiereza hostil que debe ser finalmente derrotada. Cada duelo actualiza una batalla anterior, original, ya librada entre Dios y el Demonio, o entre la Virgen y la Serpiente, o entre la salud económica y la miseria. Los combates son ritos llamados a repetirse. Claro que no conviene confundir los duelos propios de las sociedades sagradas y laicas, tanto por lo que se refiere a la voluntad de entender al otro como por lo que alude a la violencia. La mirada laica está mucho más capacitada para asumir la realidad del otro como un ser complejo, definido por sus derechos y sus deberes. Pero también está más expuesta al miedo, y –por lo tanto– a los excesos del miedo, olvidando la propia dignidad y poniéndose en manos del monstruo que lleva dentro. En las sociedades sacralizadas el valor formaba parte del código victorioso, porque los héroes encarnaban una

verdad invencible y ya escrita por la mano segura de Dios. Ahora, en los códigos del bienestar, el prestigio de la mano dura o de una fuerza épica prefiere organizarse alrededor del miedo colectivo, bajo la amenaza de una posible derrota. Al fin y al cabo el futuro no está escrito. Los poderes científicos han alcanzado la seguridad propia de Dios, y existe más desigualdad que nunca entre los ejércitos que protagonizan los conflictos armados. Pero la leyenda que flota en el aire es la del fuerte que puede perder ante el débil si no ejecuta con decisión su poder. Se trata de decisiones tan dolorosas como necesarias. El poderoso derrota al débil por obligación. Antes era al revés, los poemas contaban la leyenda del débil que gana al fuerte porque estaba legitimado por una verdad. David derrotaba al gigante Goliat, y el caballero justo doblegaba a la bestia.

Resultaba, desde luego, aleccionador que se cantara la braveza de los héroes del bien, como se hace en la batalla entre el Cid Campeador y el rey Búcar: «Buen caballo tiene el rey Búcar, y va saltando con ligereza; pero ya Babieca, el del Cid, le va dando alcance. Al fin, a tres brazas del mar, logra emparejarle: levanta en alto la Colada y le descarga un furioso tajo, que, arrancándole los carbunclos del yelmo, le abre la cabeza abajo hasta la cintura. Mató a Búcar, el rey allende del mar, y ganó a Tizona, la espada que bien vale mil marcos de oro. Venció la maravillosa y gran batalla». No era una mala lección la del héroe capaz de abrirle al otro de un solo golpe el cuerpo, de la cabeza a la cintura. La rabia tiene sus ventajas.

Pero no se trataba de la lección definitiva, porque el heroísmo era compatible con la derrota, con el sacrificio. Más allá de la vida, el desenlace final del duelo estaba asegurado por amparo de una fuerza superior invencible. El *Cantar de Roldán* supo explicar la victoria del derrotado: «Cuando Turpín de Reims se siente derribado, con el cuerpo atravesado por cuatro lanzadas, el barón se yergue ágilmente, contempla a Roldán, corre hacia él y le dice estas palabras: *¡No estoy vencido! Un buen vasallo no se arredra mientras viva.* Desenvaina Almancén, su espada de acero bruñido, y en la gran refriega da más de mil golpes. Luego dijo Carlos que no perdonó a nadie, porque encontró a su alrededor unos cuatrocientos sarracenos, algunos heridos, otros atravesados por

la mitad, y otros hubo con la cabeza cercenada». Luego dijo... Carlos, el emperador, la encarnación de la justicia, impone un final justo. La muerte de Roldán, enfrentado él solo a cuatrocientos sarracenos, abre el camino a la ley de un ser más poderoso, que reconoce los sacrificios del vasallaje y sabe decir, hacer justicia. Los herederos de Cristo sabían morir según la voluntad del Padre. Los telespectadores contemporáneos han aprendido a colocar en la literatura y el cine de las minorías cultas la leyenda del héroe perdedor, arañado por las soledades y la incompreensión de la ciudad. A la hora de pensar en la vida real, prefieren que la leyenda asuma la eficacia contundente de Rambo.

La violencia, la vieja y cruel señora de la Historia, sigue imponiendo su ley con mano firme sobre los seres humanos, y ejerciendo toda la sabiduría que ha aprendido en siglos de odios tribales, en los barcos repletos de cadenas y de esclavitud, en los sótanos malolientes donde durmió la mano de obra barata de las ciudades industriales, en los barracones lejanos y anónimos que albergan las tragedias del hambre, en los laboratorios fríos que calculan los efectos de las armas de destrucción masiva. La violencia, agitadora con miles de años de experiencia, sigue llamando a las armas con voz altisonante, desde los púlpitos y los templos atestados de fieles, desde las tribunas de los políticos, desde las tabernas sentimentales de las patrias, desde los rincones oscuros de la miseria o del negocio, desde los medios de comunicación que cuentan la historia al hombre o a la mujer que vuelven a casa, y buscan la tranquilidad de su domicilio, y abren una cerveza delante del televisor. La señora cruel de la Historia vive bien, muy bien, en unos conflictos de difícil solución, porque los débiles se sienten David, seguros de su victoria final, y los poderosos prefieren vivir con miedo, un miedo que cierra los ojos y confunde la firmeza de la razón con la mano dura de la violencia. Débiles y fuertes responden a su caricatura, a su animalización, con unas misiones claras que cumplir. Vencer es la consigna en un mundo planteado como competencia. Aprendemos a vivir con la culpa y la moral del sacrificio, y luego amamos al prójimo como a nosotros mismos.

El padre de Jorge Manrique supo cumplir su misión en la tierra. Llevó a cabo el mandato de Dios:

No dejó grandes tesoros,
ni alcanzó grandes riquezas,
ni vajillas,
más hizo guerra a los moros,
ganando sus fortalezas
y sus villas.
Y en las lides que venció,
muchos moros y caballos
se perdieron,
y en ese oficio ganó
las rentas y los vasallos
que le dieron.

Don Rodrigo mató muchos moros y caballos, ganándose así un lugar en el cielo y unas rentas en el valle de lágrimas de la tierra. La imaginación de un moro enemigo tuvo efectos prácticos en la España Medieval. El sentido providencialista de la historia, la exaltación del héroe y la demonización del otro, facilitaba bienes precisos a la hora de justificar las decisiones bélicas. La caricatura de los «perros malditos» que elaboran cronistas como Juan Barba, Pedro Mártir de Anglería, Alonso de Palencia, Hernando del Pulgar, Andrés Bernáldez o Diego de Valera sirvió después para animar y justificar las guerras contra el moro como sentido natural de la Historia. A pesar de haber visto ya de todo y de tener la vista cansada, no deja de sorprender, cuando analizamos con detenimiento las razones de los conflictos, que la señora violencia siga actuando con tanta impunidad en el juego de las verdades y las mentiras. El poder tecnológico de la modernidad no se ha utilizado para buscar alternativas de progreso común, sino para hacer más verosímil la leyenda de las crónicas guerreras. Desde el propio lenguaje, desde las metáforas que pretenden dar fuerza a los titulares, hasta la explicación de las situaciones previas, los medios ofrecen una imagen precisa de los «perros malditos» de turno, configurando una identidad sólida del enemigo (violento, peligroso, irracional, resentido) que nos permite dejarlo fuera de nuestras consideraciones morales y de las reglas de la democracia. Sin convertir el conflicto en un problema de identidades, planteado sólo como una cuestión de ciudadanos o de simples seres humanos,